

DOMINGO XXVIII ORDINARIO

Queridos hermanos y hermanas:

Las lecturas bíblicas que escuchamos cada domingo son una buena escuela para que vayamos discerniendo y motivando nuestras opciones de fe, o juzgando algunas actitudes en las que nos podemos quedar peligrosamente instalados y que no son según la mentalidad de Cristo. La Palabra de Dios a veces nos anima, a veces nos corrige, a veces se puede decir que, como el árbitro de fútbol, nos enseña "tarjeta amarilla" avisándonos de nuestros fallos. A veces merecemos que nos saque la "tarjeta roja" porque nuestra conducta se aparta demasiado claramente de la de Cristo.

El domingo pasado, por ejemplo, nos enseñaba Jesús una actitud muy fina: no llevar contabilidad de nuestros méritos -"hemos hecho lo que teníamos que hacer"-, y seguir trabajando con humildad y confianza. Hoy nos da otra lección parecida: saber ser agradecidos ante Dios.

Una primera lección que nos dan las lecturas de hoy es que el corazón de Dios es universal y que él quiere la salvación de todos. A ese amor universal de Dios tenemos que corresponder con nuestra gratitud personal. Las dos vertientes están relacionadas. Si sabemos que Dios ama a todos, nos sentiremos agradecidos, y aprenderemos también a tener nosotros un corazón más acogedor y universal con los demás.

El profeta cura a un extranjero, el general Naamán. Este extranjero reacciona con actos de fe y gratitud realmente meritorios: "reconozco que no hay Dios en toda la tierra más que el de Israel". El salmo comenta esta bondad universal de Dios que, aunque es fiel en primer lugar a su alianza con el pueblo de Israel, extiende su amor a todos: "revela a las naciones su justicia... los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios".



Jesús cura al grupo de leprosos, sin mirar mucho su procedencia o si eran del pueblo judío o extranjeros. Una vez más aparece Jesús atendiendo a propios y extraños con la misma misericordia y entrega: como cuando curó al criado del centurión romano o dedicó una de sus últimas palabras al ladrón que moría junto a él. Jesús ha venido a salvar a todos, como signo viviente del amor universal de Dios.

¿Somos nosotros universales, abiertos de corazón, dispuestos a ayudar a los forasteros o a los que no coinciden con nuestros gustos? Dios ofrece su salvación a todos, sin mirarles el color de la piel. Jesús cura a todos, sin dar importancia a que alguno sea forastero. ¿Y nosotros? ¿acogemos así, por ejemplo, a los emigrantes, sin tener en su contra el color o la religión o la falta de papeles?

Además, esas personas "de fuera" nos pueden dar lecciones en algunas cualidades humanas y cristianas. Como el general sirio que formula un admirable acto de fe, o como el samaritano que vuelve humildemente a dar gracias a Jesús, o como aquel centurión romano cuya fe alabó sinceramente Jesús. Así también ahora pueden dar lecciones, por ejemplo, de buen corazón, los laicos a los sacerdotes y religiosos, los jóvenes a los mayores, los de poca formación religiosa a los sabios, los forasteros a los nativos. Eso nos tendría que invitar a que seamos más fáciles en darles un voto de confianza a todos.

Lo que nos cuenta el evangelio va en la misma dirección. Jesús cura a varios leprosos (de nuevo la terrible enfermedad de la lepra, parecida al "sida" actual en sus consecuencias sociales). Entre ellos hay al menos un extranjero.

Pero de los diez curados sólo uno, y extranjero, vuelve a dar gracias a Jesús. La breve oración de los leprosos había sido modélica: "Jesús, maestro, ten compasión de nosotros". Pero luego, nueve de ellos no regresan. No saben valorar el detalle exquisito que suponía que alguien atendiera a unos leprosos, en contra de las costumbres de la época. El único que demuestra esa calidad humana tan fina de la gratitud es un extranjero. La queja de Jesús es explicable: "los otros nueve, ¿dónde están? ¿no ha vuelto más que este extranjero para dar gloria a Dios?".



Jesús pone varias veces en evidencia la pobreza espiritual de los miembros del pueblo elegido, de "los hijos de casa", que no demuestran ni fe ni gratitud. A Naamán lo cita en otra ocasión Jesús como modelo de un extranjero que sabe reconocer el don de Dios. Como también denuncia que muchos "justos" (los "oficialmente buenos", los fariseos, las clases dirigentes) no se convierten, mientras que los "pecadores" sí aceptan la fe, como la mujer adúltera o Zaqueo o el centurión romano, o el publicano que oraba humildemente en el Templo, o el buen samaritano que atiende al desvalido en el camino...

¿Somos agradecidos? La pregunta que nos podemos hacer todos, como en un "chequeo de nuestro corazón", es si sabemos ser agradecidos, tanto para con Dios como para los que nos rodean, a los que también debemos muchos detalles y delicadezas. Hay personas que nunca dan gracias por nada y a nadie. Como la mayoría de aquellos leprosos, a los que Jesús les había hecho un favor inmenso: no sólo curarles de su enfermedad, sino facilitarles la inserción en una sociedad que hasta entonces les había rechazado rotundamente.

No se trata sólo de dar las gracias por un favor ("es de bien nacidos, ser agradecidos"). Jesús nos pide una actitud más profunda. Un creyente se tiene que situar ante Dios, no esgrimiendo derechos, sino con humilde gratitud, sabiendo admirar los detalles del amor con que Dios, nos rodea.

Si no somos capaces de descubrir como regalos de Dios la vida, la salud, las cualidades que tenemos, la compañía de las personas, los bienes de este mundo, los medios de salvación que tenemos en la Iglesia -la fe, la Palabra de Dios, el perdón sacramental, la Eucaristía, el ejemplo y la ayuda de la Virgen y los santos- nos parecemos a aquellos leprosos que tenían muy espontánea la oración de petición, pero no tanto la de acción de gracias.



Si nos fijamos, un poco a nuestro alrededor, tal vez nos daremos cuenta de que algunas personas sencillas, o tal vez alejadas de la Iglesia, o marginadas por la sociedad por uno u otro motivo, nos ganan en elegancia espiritual, ante Dios y ante los demás. No sabrán tanto como nosotros de religión, pero tal vez son más humildes, más solidarias, más honradas, y se les ocurre más el dar gracias a Dios. Estas actitudes tan válidas humana y cristianamente, como hoy la de ser agradecidos, se suelen ejercitar paralelamente tanto en relación a Dios como con relación a los demás que conviven con nosotros. El que sabe decir "gracias" a Dios, sabe decir "gracias" a los que le rodean. Y viceversa: a algunos no les sale espontáneo dar gracias ni en una ni en otra dirección.

Estaría bien que nos examináramos sobre nuestra capacidad de gratitud ante Dios. Nos viene espontáneo orar pidiendo a Dios. Como los leprosos, también nosotros le decimos desde el corazón: "Señor, ten piedad". Pero ¿sabemos orar dando gracias? ¿nos sale de dentro la alabanza a Dios reconociendo los repetidos signos de su amor? ¿sólo sabemos pedir, o también admirar y agradecer?

Homilía Pbro. Carlos Chavarría
Parroquia San Benito, San Salvador, El Salvador